

Ion Negoițescu

Cuartel de los dragones

Memorias
(1921-1941)

TRADUCCIÓN DE DOINA FĂGĂDARU

ADAPTACIÓN LITERARIA
DE ALFONSO MARTÍNEZ GALILEA

PRÓLOGO DE IOANA PÂRVULESCU

EDICIÓN RUMANA, EPÍLOGO
Y NOTAS DE ION VARTIC

EDICIÓN ESPAÑOLA DE
A. M. GALILEA Y C. SÁNCHEZ

FULGENCIO PIMENTEL
La principal

PRÓLOGO

Ioana Pârvulescu

ANDANZAS DEL ESTUDIANTE NEGOIȚESCU

Hay en *Los hermanos Karamázov* un personaje femenino, temeroso de Dios, que al confesarse declara no solo pecados comunes, sino también el pecado de sinceridad: la mujer reconoce que es sincera al solo objeto de ser elogiada por el confesor por su valentía al contarle todo. Este descubrimiento lleva a la pobre cristiana a enfrentarse a una verdadera crisis psicológica, porque no confesarse es un pecado y confesarse para ser elogiado también lo es.

Los diarios de los escritores rumanos suelen incurrir precisamente en alguno de estos dos «pecados»: o son una selección arbitrariamente subjetiva de los acontecimientos, destinada a poner al escritor en una posición favorable, o exhiben una suerte de arrogancia confesional cuyo objetivo es, en definitiva, el mismo. La literatura memorialística está dominada por la obsesión de la imagen. El yo trabaja sin cesar para darse un envoltorio atractivo. Por un mecanismo cuyo secreto radica en la escritura en primera persona,

los sucesos se alzan contra el sujeto que los falsifica y los ajustes o la confesión ostentosa se vuelven antipáticos para el lector.

El *Cuartel de los dragones* de Ion Negoïtescu es uno de esos rarísimos casos en que una confesión total, simple, asombrosa, está hecha sin pensar en el auditorio. No tengo ni idea de cuál sería el motivo que llevó a Ion Negoïtescu a escribirlo. Está claro que en su propósito contó con una ayuda indeseada: el presentimiento de la muerte. De hecho, es en el exilio y en la cama de un hospital donde se redactan estas páginas en las que se cuenta todo, en las que ya no existe causa que defender ni nadie a quien acusar, en las que nada se embellece ni se estropea deliberadamente. La muerte cercana es garantía de una sinceridad del mejor género. El único peligro que amenaza estas páginas es el tiempo a punto de agotarse y eso otorga a los dos capítulos que el autor llegó a escribir, dedicados a los primeros veinte años de su vida, un ritmo desordenado, impaciente y precipitado, que hace pensar en la acumulación de granos en la boca de un reloj de arena.

Aunque violan todo tipo de tabúes, aunque describen los juegos eróticos del niño y del adolescente (con chicas, con chicos, luego con compañeros y, antes y después, con soldados, ayudantes de su padre, oficial del ejército, entre las sombras de los jardines, en el armario, en casa, al lado de su cuna con dosel, en el lecho del río y, más adelante, en el cine), aunque no ocultan los detalles más naturalistas, los dos capítulos de las *Memorias* de Negoïtescu están tan bien

escritos que en ningún momento caen en lo obsceno o en lo vulgar. Una mezcla de magia, de ingenuidad, de gozo, de humor, de mitología y de épica convierten en pura literatura las más descarnadas escenas.

El niño es, desde su más tierna infancia, por naturaleza, malo, «rabioso», y la comunicación con sus padres, inexistente. Un padre demasiado severo y una madre poco proclive a efusiones sentimentales lo obligan a buscar refugio afectivo en otra parte, entre sus tías o entre los extraños. Cuando al niño lo muerde un perro, los padres no le aplican el tratamiento contra la rabia: «Posiblemente pensarán que el rabioso de nacimiento y, por consiguiente, el culpable, era en realidad yo y no el pobre animal».

Lejos de juzgar a su familia, Negoïtescu rememora las escenas de su infancia desde una perspectiva puramente estética, con el gozo de quien rememora un acontecimiento insólito. Mediocre en la escuela hasta muy avanzados sus estudios, deportista perezoso, desastroso con el violín, adornado con un montón de desagradables tics, se entrega, en un momento dado, como el Bastian de la novela de Michael Ende, al universo sin límites de la lectura y desde ese mismo instante se convierte en un elegido, como llegará a confesar (un sentimiento que, más adelante, compartirá con su amigo Nicolae Balotă).

La peripecia confesional de este *Cuartel de los dragones*, tanto más por abordar homosexualidad y pederastia, pudiera hacer perder de vista su belleza estilística: la descripción de Cluj, de Transilvania en general, al mismo tiempo que la

decadencia fastuosa del antiguo imperio, de la civilización de la *Mitteleuropa*, y también el abigarrado bullicio levantino, con todo el jaleo y el pintoresquismo del sur. Nunca antes en la literatura rumana se había visto una Transilvania tan alegre, tan «balcánica». El análisis que hizo Călinescu de lo «balcánico» es básicamente coincidente con las descripciones de Negoïtescu de Cluj, Aiud y Sibiu.

Nacido de padre del Antiguo Reino y de madre transilvana, Negoïtescu se hace sensible a la solemnidad del Día de los Muertos, tal como se celebra en Transilvania, a los topónimos húngaros, a los burgos sajones con sus casas tranquilas, a la devoción por la nación, a una cierta rigidez moral y, por otra parte, a una cierta carencia de compromisos morales, a los clanes familiares coloristas y parlanchines, a las rarezas físicas y psíquicas, al destino de los rumanos, al *kitsch*, a las delicias del Oriente y a una comfortable informalidad. Los traslados de una casa a otra, el inacabable desfile de personajes secundarios y raros que invade las páginas (famosos algunos, como Blaga, Ștefan Bezdechi y Țuțea), los amigos sin nombre, mencionados en alguna nostálgica evocación, tienen esa doble dimensión, a la vez norteña y sureña.

En las andanzas del estudiante Negoïtescu tienen cabida no solo el descubrimiento de la sexualidad, sino también el de la historia, el patinazo político, la transformación, afortunadamente efímera, del joven educado en un ambiente intelectual tolerante y occidental en un fanático legionario, tan fanático que hasta celebra la muerte de Nicolae Iorga. Unos artículos publicados en periódicos extremistas son vistos

con asombro, años más tarde, por el hombre que ya había conocido las cárceles comunistas. Una adolescencia enloquecida: «Me dominaba una vitalidad demoníaca, un extraordinario impulso de afirmación, un agudo individualismo y una instintiva tendencia a dominar, tendencias todas a las que luego pusieron límite mi homosexualidad, que me obligó a ser discreto, y también, y en resumidas cuentas, el rigor de las circunstancias históricas». Lo que resulta extraño es cómo en estas páginas pueden coexistir la discreción y la confesión mas desinhibida: un cierto pudor elude dar entera cuenta de algunos episodios y un literario velo cae sobre algunos recuerdos.

«Llevaba también un diario», recuerda. Pero se trata de un capítulo perdido de su vida: «Cuando salí de la cárcel, en 1964, mi madre me habló de aquel diario, que pasó a su poder inmediatamente después de mi detención en 1961, cuando, instigada por Doinaş, que fue a toda prisa a Cluj a convencer a mis padres de que destruyeran los manuscritos ocultos en la bodega de la casa, lo quemó. Antes de arrojarlo al fuego, en el jardín, mi madre leyó las primeras palabras de la primera página del diario: “Quiero ser escritor”. Y se echó a llorar».

Escenas con quema de documentos comprometedores, libros enteros incluso, se repitieron en los domicilios de muchos intelectuales. Si el diario de juventud de Negoïtescu desapareció, sobrevive, por lo visto, su diario de madurez, confiado a Emil Hurezeanu. Deberá ser publicado treinta años después de la muerte de Negoïtescu, es decir, en 2023.

Ignoro el interés que pueda suscitar entonces y es difícil determinar si no sería preferible editarlo antes, «pasados veinte años», digamos. Emil Hurezeanu ha dado a la imprenta solamente un día de este diario, el 4 de enero de 1949, que se incorpora a modo de broche de estas memorias de juventud. Se trata de un espléndido ensayo sobre el amor, con tonalidades de *El banquete* o *Fedro*, pero de una acusada melancolía, que las páginas memorialísticas evitan. El escritor tiene veintisiete años. El fragmento parte de la disputa medieval (reiterada por algunos autores en el periodo de entreguerras) de qué es mejor, si amar o ser amado, o dicho de otro modo, ¿qué es mejor: dar o recibir? He aquí la respuesta, tan generosa como exigente, de Negoïtescu, respuesta que arroja luz sobre muchas páginas de *Cuartel de los dragones*: «No busco sufrir, pero busco el amor con tanto apasionamiento que ni el más terrible sufrimiento me asusta o me coarta. La verdad es, sin embargo, que por muy desesperado que pueda parecer el amor, siempre disimula alguna esperanza, no por irracionalidad, sino porque en su aspecto espiritual puede ser tan hondo y tan puro que sabe que el ser amado, si percibiese un solo instante en su núcleo ideal cómo es amado, se dejaría absorber por la luz que lo inunda. De este modo, el que no corresponde a un amor grande es culpable, sentenciado y castigado a la vez con miseria y necesidad». Mi impresión es que, como en el caso de Mihail Sebastian, el *Diario* será la obra maestra de Negoïtescu. Me encantaría estar viva y en activo cuando se publique.

Cuartel de los dragones

Memorias
(1921-1941)

Capítulo 1

EL VESTIDO DE BAILE

Nací el día 10 de agosto de 1921, dos horas después de medianoche. No quise esperar a que amaneciera, como hubiera sido lo correcto: la prisa, la precipitación, la espontaneidad que impide organizar mejor la vida, he ahí uno de los principales rasgos de mi carácter. Conozco la hora exacta gracias a mi tía Aurelia ⁽¹⁸⁹⁷⁻¹⁹⁷⁸⁾, cuñada de mi madre, que al contar el acontecimiento presumía de haber sido la primera en tomarme en brazos, de lo que se podría deducir que hizo hasta de matrona, si la edad y la falta de experiencia propia de su condición social no contradijeran esa suposición. El lugar de mi nacimiento fue la ciudad de Cluj (*Kolozsvár* para los húngaros, *Klausenburg* para los alemanes), Strada Călugărițelor [calle de las Monjas], *Apáczak Utca*, en húngaro, número 6, cerca de la plaza Mihai Viteazul (*Széchenyi Tér*). Mi padre, el teniente Ioan Negoïțescu ⁽¹⁸⁹⁴⁻¹⁹⁷²⁾, acuartelado en Oradea, fue informado del acontecimiento mediante un telegrama

que decía algo así: «El pequeño Ionel te echa de menos». La casa, donde mi madre, Lucreția ⁽¹⁸⁹⁶⁻¹⁹⁷⁴⁾, residía en aquel entonces con sus padres, quizás exista todavía, oculta entre los edificios construidos entretanto a su alrededor.

En mi primera infancia, la casa, tal como la recuerdo, tenía delante un enorme patio, con un gran macizo de flores en su centro, una parcela separada por una valla en la parte derecha de la puerta, y un enorme huerto con gran variedad de árboles frutales: manzanos, ciruelos, cerezos, nogales y un peral gigantesco, cargado en verano de pequeños y deliciosos frutos de pulpa rojiza; una puertecilla facilitaba el acceso a ese huerto caótico, invadido por las malas hierbas; y como quiera que yo solía ir a menudo allí, antes de empezar la escuela primaria, ese huerto de frutales y de alocada vegetación permaneció en mi memoria como un espacio tropical: de abundancia, de libertad y de oscuridad. Mi abuelo materno, el protopope Theodor Cotuțiu ⁽¹⁸⁵⁴⁻¹⁹³⁰⁾, que había sido antes cura en su pueblo natal, Diug (llamado más tarde Dumbrăvița), provenía de una familia en la que el sacerdocio pasaba de padres a hijos. Algo borrachuzos todos, por lo que se dice, excepto él mismo, que siempre destacó por su sobriedad de abstemio, cimentada en una gran tacañería.

Su padre, el viejo cura, murió ahogado en el río al que cayó desde un puente cuando volvía borracho a casa. De religión ortodoxa, mi abuelo estudió teología en Sibiu, donde entabló amistad con su compañero de facultad Nicolae Ivan, futuro obispo de Cluj. Alentado

probablemente por él, participó en la lucha nacional de los transilvanos contra la opresión magiar y fue uno de los 237 hombres que, en 1892, emprendieron viaje a Viena para entregar el Memorándum al emperador. Al ser ordenado obispo, tras la Unión de 1918, en el recién erigido (vuelto a erigir, en realidad) obispado de Vad y Feleac, Nicolae Ivan lo llevó a su lado, nombrándolo canciller eparquial. Al enérgico jerarca, que fue un excelente administrador, se le debe, como coronación de sus esfuerzos, la imponente catedral ortodoxa de la capital de Transilvania. Todavía me viene a la memoria el blanco edificio, flanqueado por andamios y rodeado de un terreno lleno de materiales de construcción, y recuerdo también que mi padre, posiblemente instigado por su suegro, formaba parte del comité que ayudaba a llevar a término las obras, encargándose de la recaudación y distribución de las aportaciones de particulares.

Mi abuela, Lucreția Hontila ⁽¹⁸⁵⁹⁻¹⁹³⁶⁾, de Mocod, pueblo de gente acomodada situado en las colinas premontañas del norte del Ardeal, era la hija del notario Toma Hontila, que estudió en Blaj, muy señor de su casa, dueño de plantaciones frutícolas, que despachaba sus manzanas en Budapest. La leyenda familiar dice que rechazó la carrera administrativa que le habían propuesto los húngaros —el puesto de prefecto— si aceptaba la magiarización. Por un folleto conmemorativo del liceo de guardias fronterizos de Năsăud, me enteré de que, al morir, su biblioteca pasó a propiedad de ese liceo, y también de

que ejerció el periodismo. A su leyenda se añade el que, al ser un ferviente católico, no aceptó casar a su hija con un teólogo ortodoxo, de modo que el cura se vio obligado a raptar a la novia, al consentir ella imprudentemente el rapto; y digo «imprudentemente» porque tal rapto no tuvo como resultado un matrimonio feliz. Mi abuela siempre hablaba con desprecio de su marido, no paraba de llamarlo «viejo chivo» (¡quizá la suya fuese una virilidad muy prolongada!) y lo acusaba de haber despilfarrado en malditos negocios la considerable fortuna que ella había aportado al matrimonio como dote. Era un administrador nefasto y nunca tuvo mucho apego a la tierra, pero al gustarle el oro y la plata, se endeudaba empeñándolo todo para hacer acopio de dinero (vendió hasta una manada de caballos a los campesinos, que solo llegaron a abonarle una pequeña parte de la deuda), y luego lo daba en préstamo, con intereses pero sin documento alguno, solo bajo juramento, con lo que nunca podía reclamar sus derechos por vía judicial. No obstante, el golpe de gracia se lo dio el desplome del sistema monetario tras la guerra mundial. Mi abuela maldecía sobre todo su avaricia y también yo lo recuerdo como un agarrado.

No estuve nunca en Diug, y visité Mocod solamente en el año 1966, de prisa, con motivo de la celebración del centenario del poeta George Coşbuc, cuando, recién salido de la cárcel y por primera vez con derechos legales, fui invitado a las fiestas de Hordou, organizadas por la Unión de Escritores. Las leyendas son leyendas y por eso

a veces se apartan de la realidad histórica: la hermana mayor de mi madre, Virginia ⁽¹⁸⁸⁹⁻¹⁹⁷⁵⁾, pretendía haber sido cortejada por el joven «bardo» siendo muchacha. Salvo que la memoria me engañe, también mi tía se refería con frecuencia a Claudia, delicada, inmaculada e irreal criatura muerta de tisis muchos años antes de que yo naciera; el anacronismo persiste todavía —teniendo en consideración, entre otras cosas, que el autor de *La boda de Zamfira* había contraído matrimonio en Bucarest, en 1895, con Elena Sferea— y eso me confirma la fascinación que el poeta ejerció sobre aquellas jovencitas provincianas. No recuerdo a mi madre pronunciar nunca el nombre de Claudia; en cambio, mi tía Virginia lo hacía con veneración, acompañándolo siempre de un «descanse en paz», lo que no me impide juzgar que se identificaba con la hermana ideal, al tenerse por dichosa de haberla podido conocer. Gracias a sus evocaciones, la criatura, pálida como la hierbaluisa, extraviada en otro siglo, errática por desiertos Campos Elíseos, permanece en mi memoria todavía hoy, entrevista, alucinante «novia eterna», flotando entre las galaxias, o más bien desintegrándose en el horizonte como una nueva Dame Blanche, sobre olas de suave discurrir y, como Ofelia, coronada con romero y anís.

Encontré el más antiguo testimonio escrito sobre el apellido Negoïtescu en un documento del año 1652, otorgado durante el principado de Matei Basarab, *Cartea obșteștii adunări a țării* [Libro de la asamblea del país], publicado por Bălcescu en el *Magazín histórico para la Dacia*:

aparece entre las firmas que habían juzgado en la asamblea nacional a tres boyardos a los que se había declarado culpables. La importancia del documento radica en la terrible maldición, validada por el príncipe, el metropolitano y todos los presentes, con la que se conmutaba la pena de muerte a los boyardos ladrones.

Al presentarle el documento a mi padre, no pareció emocionarse en lo más mínimo y tampoco se mostró convencido de nada. Él era hijo de un funcionario de los ferrocarriles, de nombre Gheorghe, y de su esposa, Filofteia ⁽¹⁸⁷⁴⁻¹⁹⁶³⁾, hija del restaurador Ioniță Dimitriu de Slatina y de su esposa, Sultana, en cuya casa había visto la luz también su nieto, que luego sería mi progenitor. Aquel nombre, Filofteia, me parecía ridículo y tuve vergüenza de atribuirlo a la madre de mi padre, hasta que cayó en mis manos la famosa obra del obispo de Ginebra, Francisco de Sales, *Introducción a la vida devota*, en la que el santo imparte sus consejos a una tal Philothea, encarnación de todas las mujeres religiosas. El hecho de que la que lo llevaba, en las lejanas tierras del Danubio, mostrara en vida bastante indiferencia hacia Dios no alteró nunca el respeto y la simpatía con que acostumbré luego a evocar ese nombre.

Encima del restaurante del matrimonio Dimitriu se hallaba su pequeño hotelito, donde parece ser que, en periodos electorales, se alojaban algunos importantes políticos, entre los cuales estuvo el mismo Ion Brătianu. Gheorghe Negoïtescu, cuyo padre tuvo en Bucarest un coche de caballos —mi padre lo llamaba malintencionadamente

«el cochero»—, descendía probablemente de campesinos de los alrededores de Vălenii de Munte, donde hay un pueblo con gente de apellido Negoïțescu, tal como me aseguró un compañero de penalidades en la prisión de Jilava, y tuvo que ser un hombre de salud frágil, porque murió joven, dejando tras de sí una viuda y dos hijos: Marioara e Ionel.

Como su viuda volvió a casarse enseguida con el ingeniero italiano Giovanni Godini ⁽¹⁸⁵⁹⁻¹⁹¹⁸⁾, empleado también de los Ferrocarriles Rumanos, como especialista, tuvieron mucha prole y mi padre fue también criado por él. Pero sus primeros años los pasó en casa de los abuelos, en Slatina, que retumbaba hasta las tantas con la música de las juergas que tenían lugar en el local anejo.

Después de volver a casarse su madre, el huérfano acompañó a la familia Godini primero a Pașcani, importante nudo ferroviario, donde se alojaban en el mismo edificio de la estación, en la primera planta. Desde allí, desde la ventana, el pequeño Ionel, alumno de primaria, vio un día al escritor Mihail Sadoveanu (que, en 1904, había publicado simultáneamente sus cuatro primeros libros) mientras paseaba a lo largo del andén, esperando la llegada del tren. Lector temprano, el niño ya conocía sus obras, y también su cara, de los libros, así que no es de extrañar que se dirigiera inmediatamente a su encuentro. El corpulento individuo, bastante callado por lo general, lo recibió amigablemente —se me ocurre que el autor de *Ochi de urs* [Ojos de oso] miró siempre a los